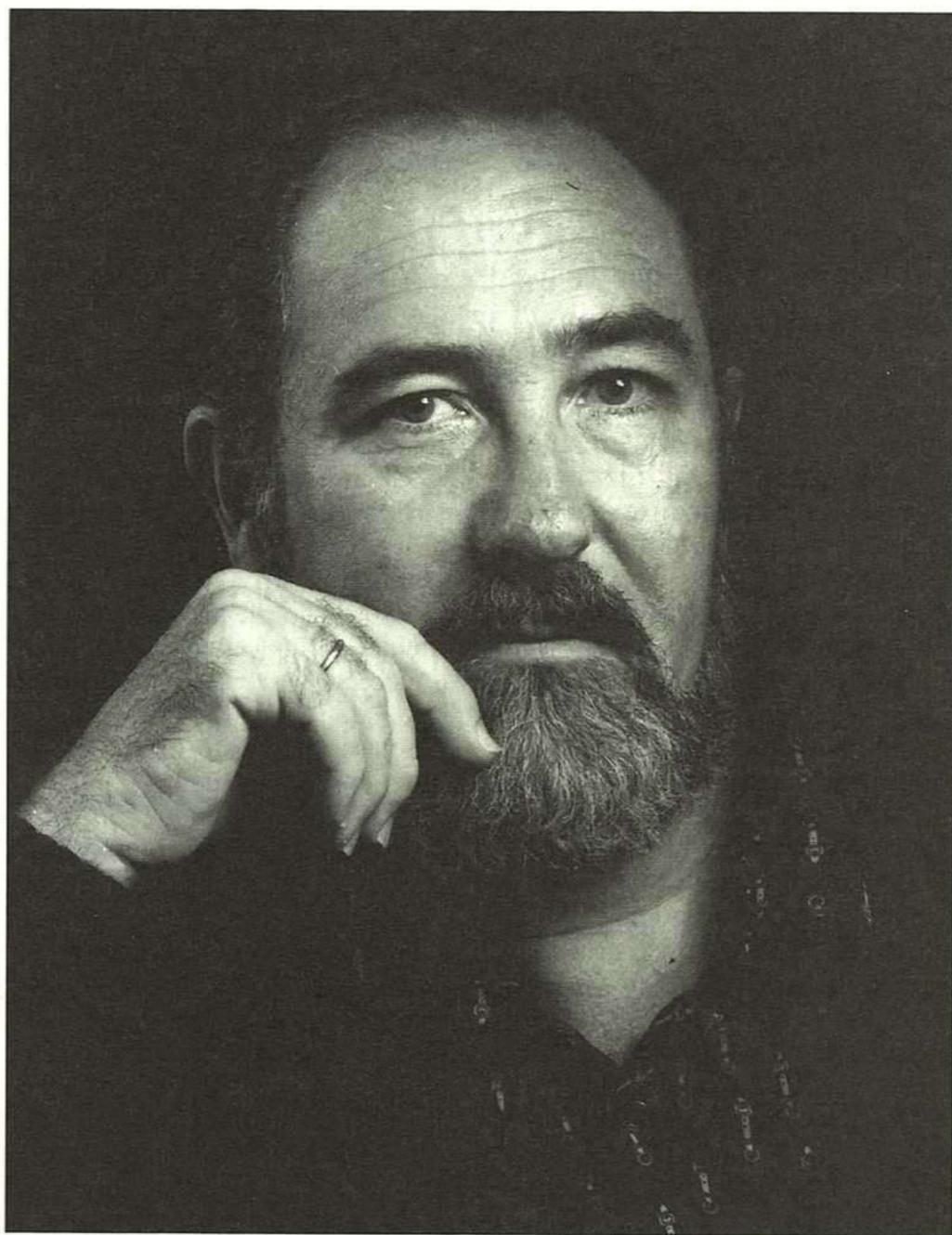


# José Antonio del Cañizo



Nació en Valencia (1938), aunque residió en Madrid hasta 1964, y desde esa fecha ha vivido en Málaga, ininterrumpidamente.

José Antonio del Cañizo es doctor ingeniero agrónomo, director gerente del Patronato Botánico Municipal, escritor y académico de Bellas Artes. Es

un destacado especialista en jardinería y zonas verdes, y seis de los principales libros españoles sobre la materia son obras suyas. Además, ha publicado trece libros de literatura infantil y juvenil, con los que ha obtenido los premios Lazarillo, Elena Fortún, A la orilla del viento y Barco de Vapor, y

ha quedado finalista en el Premio Nacional del Ministerio de Cultura. Seis de sus libros han sido incluidos en la selección internacional de los mejores libros para niños llamada The White Ravens.

En sus libros sobre literatura infantil y juvenil combina la imaginación más desbordante, el humor, la fantasía y la poesía, con la denuncia de algunas llagas de nuestra época: la deshumanización, la carrera de armamentos, la dictadura, el terrorismo, etc. Ha acuñado la expresión «fantasía comprometida» para autodefinir su obra.

## Bibliografía

- Las fantásticas aventuras del caballito gordo*, Barcelona: Noguer, 1980.
- Las cosas del abuelo*, Barcelona: Noguer, 1982.
- El maestro y el robot*, Madrid: SM, 1983.
- A la busca de Marte el guerrero*, Barcelona: Noguer, 1984.
- Un león hasta en la sopa*, Madrid: SM, 1984.
- El pintor de recuerdos*, Madrid: SM, 1986.
- Oposiciones a bruja*, Madrid: Anaya, 1987.
- Con la cabeza a pájaros*, Madrid: SM, 1988.
- Inventando el mundo*, Madrid: Anaya, 1989.
- Los jíbaros*, Madrid: Alfaguara, 1990.
- Calavera de borrico y otros cuentos*, Zaragoza: Edelvives, 1992.
- ¡Canalla, traidor, morirás!*, Madrid: SM, 1994.

# Los niños de bronce

por José Antonio del Cañizo

Mucha gente no lo sabe. Muchos creen que son unos pobrecitos niños abandonados.

Y no, ¡qué va!

Los niños de bronce que juegan con peces, cabalgan delfines, vacían cántaros, lanzan al aire alegres chorros de agua y tocan la flauta en las fuentes de los parques y plazas, no están abandonados ni son unos vagabundos.

Simplemente, ése es su puesto de trabajo.

Están allí cumpliendo con su deber.

Las imponentes estatuas de bronce de grandes hombres a caballo se sienten muy solas allá arriba, sobre su majestuoso pedestal de piedra blanca. Tras una vida llena de poderío, de hazañas, aventuras y reinados, esta jubilación forzosa en que ahora transcurren sus días les aburre muchísimo.

Su único entretenimiento consiste en mantener el equilibrio sobre el airos y eterno caracoleo de su caballo.

Y eso, a la larga, cansa.

Durante el día tienen que disimular, mirar sin pestañear al séptimo derecha del edificio de enfrente, alzar la mano con gesto imperioso, vigilar de reojo a esa amenazadora paloma que se les viene encima, y maldecirla entre dientes sin que lo oiga el viejo jardinero que riega el círculo de césped que rodea al pedestal.

¡Pero las noches! ¡Las noches son otra cosa!

Sobre todo las noches de luna llena. Cuando las calles y plazas dormi-

das aparecen barnizadas por la luna llena, esas arrogantes estatuas de orgullosos reyes y generales victoriosos se sienten melancólicas y la mar de tristonas. Tienen agujetas en las piernas y más aún en el brazo eternamente alzado. Y experimentan una mansa tristeza en ese lugar vacío rodeado de bronce por todas partes, donde antaño palpitaba su corazón.

Y entonces, cuando ya no pueden más, se lanzan al galope.

El retumbar de los cascos al caer desde lo alto del pedestal en el asfalto resulta impresionante.

El galopar de los caballos ricamente enjaezados por las calles y plazas, bajo la luna que hace brillar sus lomos y sus ancas, es muy hermoso.

El caracoleo en las plazoletas, el trote corto al cruzar los parques procurando no pisar los macizos de flores somnolientas, los limpios saltos con que pasan sobre las bocas del metro y sobre las vallas metálicas de las obras, son dignos de verse. Y los últimos y tambaleantes borrachos de la noche se restriegan los ojos varias veces al verlos, y luego estallan en aplausos.

Algunas muchachas románticas, al oír los cascos de los caballos sobre la tersa superficie plateada de la calle, se asoman en camisón a sus balcones y contemplan con expresión soñadora a los apuestos caballeros, que las miran con sus ojos metálicos centelleantes.

Pero los caballeros de bronce saben que les está vedado el amor de las mortales.

Apartan la vista de ellas, hincan las espuelas en los ijares de sus corceles, y galopan hacia el gran estanque del parque, pues tienen amores con las sirenas de bronce que se miran insistentemente en sus aguas.

Cuando nacen los niños de bronce, sus padres esperan que crezcan un poquito y enseguida les colocan en el Ayuntamiento.

Esos caballeros de antaño tienen mucha mano con los alcaldes y los concejales, sean del partido político que sean. Y siempre acaban consiguiendo un puesto de trabajo para sus hijos en alguna fuente bonita, con surtidores que brotan de las flautas, de las bocas de los delfines o de las gargantas de las ánforas.

Si os fijáis bien, si los miráis atentamente en vez de pasar de largo como hace todo el mundo, si estáis atentos a sus sutiles cambios de expresión, notaréis que esos niños retozones que juguetean sin descanso con los surtidores se divierten mucho al ver temblar su imagen en el espejo removido del estanque, sonrían a menudo, juegan y, en definitiva, son felices.

Por eso carece totalmente de fundamento esa compasión que algunos sienten al verlos.

Porque sus padres y madres les quieren.

Aunque lo parezca, no les han abandonado.

Las sirenas de bronce del parque les envían mensajes a menudo con los



EMILIO URBERUAGA

peces plateados que surcan las aguas de la ciudad, de estanque en estanque y de fuente en fuente.

Esos peces modestos y serviciales, diminutos carteros de las aguas, viajan infatigablemente por las tuberías de la gran ciudad. Y cuchichean al

oído de los niños el dulce gorgoteo con que sus madres les cuentan cosas divertidas o les revelan secretos misteriosos que sólo ellas saben.

Los niños sonríen al oír aquello y dicen al pez mensajero:

—Anda y dile a mi madre que es-

toy empezando a notar un poco de reuma. A ver si me manda contigo un poco de verdín, que va tan bien para las articulaciones y además hace tan bonito.

O bien:

—Dile a mi madre que ya no me

hago pis en la fuente. ¡Se va poner más contenta!

(En realidad, éstos son los dos únicos problemas importantes que tienen los niños de bronce: el del reuma y lo otro.)

¿Y sus padres?

Sus padres están orgullosos de ellos, y comentan entre sí:

—¡Tan pequeños, y hay que ver cómo trabajan!

—¡Qué cumplidores son!

—Si son los que más trabajan de todo el Ayuntamiento...

—Y sin cansarse nunca a pesar del horario que tienen.

—Se ve que tienen mucha vocación y se sienten muy realizados.

—Y, sobre todo, es que tienen mucho sentido del deber.

Siempre que el alcalde pasa cerca de una estatua a caballo de un rey o un general, oye que le llaman:

—¡Chiss! ¡Chiss! ¡Eh, que es a usted!

—¿Cómo? Pero ¿quién habla? ¡Atiza, si es la estatua!

—Sí, soy yo. Quería preguntarle: ¿están ustedes contentos con mi hijo en el Ayuntamiento?

—Pues... ¿Quién es su hijo? —pregunta el alcalde, que tiene otras muchas cosas en qué pensar y además, lógicamente, no conoce bien a todos los funcionarios.

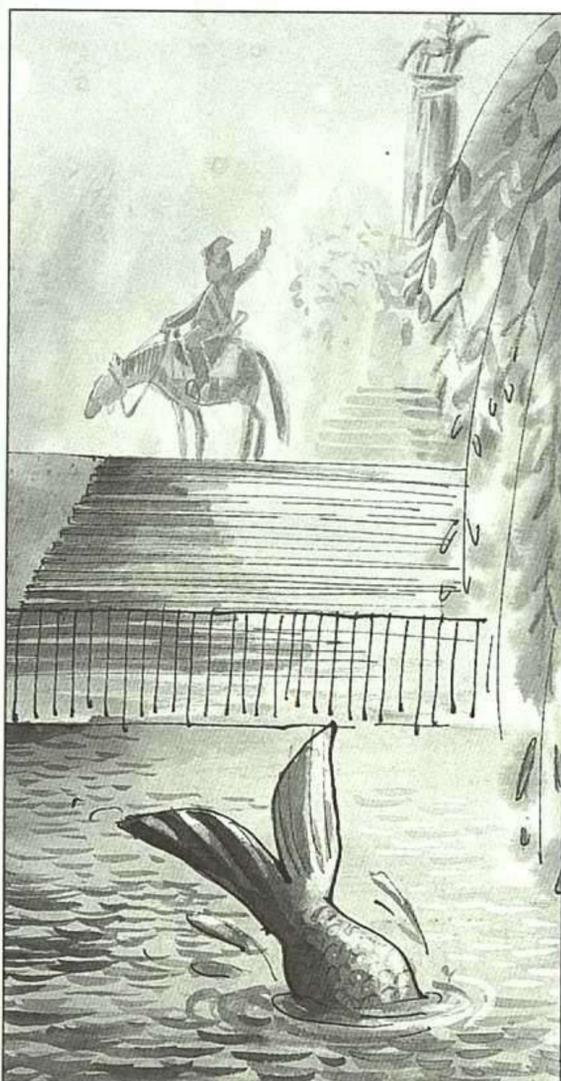
—Hombre, ¿cuál va a ser? El más guapo. En el estanque de los delfines, el segundo niño a mano izquierda. El que echa agua por una flauta así de larga.

—¡Ah, es ése! Estupendo, estupendo. Muy buen chico. Estamos muy satisfechos con su comportamiento, sobre todo porque no falta nunca al trabajo, es muy puntual, nunca está de baja por enfermedad, y además los de la asociación de vecinos le adoran.

—¡Ooooooh! —se hincha de orgullo el padre de la criatura, que pese a haber sido, en vida, rey de las Españas, tiene muy en cuenta la opinión de las asociaciones de vecinos.

Y como la ocasión la pintan calva, aprovecha para añadir:

—Pues a ver si al que viene de camino me le busca una buena colocación en ese grupo escultórico que va



EMILIO URBERUAGA

usted a inaugurar junto al estanque del parque, hombre. Que así su madre le tendría muy a la vista.

El alcalde se lo promete y se despide, muy educadamente, quitándose el sombrero. A la estatua le gustaría corresponder quitándose su hermoso chambergo adornado de plumas y de cintajos; pero como hay gente cruzando la plaza, se aguanta las ganas.

Y, llegada la noche, el orgulloso padre galopa con el corazón contento hacia la fuente de su hijo y le lleva caramelos de menta, que son los que más les gustan a los niños de bronce. Y luego se acerca al trote largo hasta el estanque y le grita a la madre:

—¡Alégrate, querida! ¡Ya tenemos plaza en el Ayuntamiento para el que viene de camino! ¡Le tendrás aquí mismito, en el monumento que van a hacer ahí enfrente!

Ella da unos grititos de alegría y luego, con la emoción, se lanza al

agua, chapoteando jubilosa, y se apresura a contárselo a las demás sirenas y ninfas.

Él, mirando hacia la elevada estatua de otro rey que domina las aguas, agita amistosamente una mano y le guiña un ojo a manera de saludo.

Entre colegas ya se sabe.

La sirena hace dos o tres largos en el estanque. El caballero echa pie a tierra y hace un poco de *footing* por los alrededores para mantenerse en forma, pues las articulaciones de bronce tienen una gran tendencia a irse quedando anquilosadas con la edad.

Su brioso corcel bebe unos sonoros sorbos de agua, chapotea en el estanque unos minutos, y corre a revolcarse por el césped gozosamente, convirtiendo sus crines empapadas en una fuente luminosa.

Luego las dos estatuas se sientan en las escalinatas de piedra y hablan de sus hijos.

—Bueno, al menos tienen el futuro asegurado... —suspira la madre llena de satisfacción, recostando su cabeza en el hombro del ex rey de las Españas.

—Sí, chica, menuda suerte, tal como está la vida... —comenta su majestad acariciándole la empapada cabellera.

La luna les llena la piel mojada —la de ella de agua, la de él de sudor— con unos reflejos plateados.

En el parque desierto, a esas horas, reina una gran paz.

Acercaos a verlos andando de puntillas, en silencio, escondidos entre los arbustos, cualquier noche de éstas.

Os encantará el cuadro.

Resulta muy hermoso ver a las dos estatuas, en paz con todo el mundo y charlando apaciblemente de sus cosas, sentadas en las escalinatas hasta que el alba temida empieza a insinuar sus primeras pinceladas rosadas por Oriente. Entonces, los dos enamorados tienen que separarse a regañadientes y correr a sus puestos para mantenerse allí, cada uno en su pedestal, quietos, quietos, disimulando que también ellos tienen su corazoncito, durante todo un largo, larguísimo, interminable día más.